

JOSÉ ESQUINAS

*en colaboración con Mónica G. Prieto*

# Rumbo al ECOOCIDIO

Cómo frenar la amenaza a nuestra supervivencia



  
ESPASA

JOSÉ ESQUINAS ALCÁZAR

en colaboración con

MÓNICA G. PRIETO

## RUMBO AL ECOCIDIO

Cómo frenar la amenaza a nuestra supervivencia

Prólogo de

Federico Mayor Zaragoza



ESPASA

© José Esquinas Alcázar, 2023  
© Mónica García Prieto, 2023  
© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona  
www.planetadelibros.com  
www.espasa.es

Preimpresión: Safekat, S. L.

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño  
Ilustración de cubierta: © Edmon de Haro  
Dibujo de la pág. 10: © Esther Esquinas Carmona  
ISBN: 978-84-670-6971-6  
Depósito legal: B. 7.180-2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Rodesa, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# ÍNDICE

Prólogo. ¿Rumbo al ecocidio?, por Federico Mayor Zaragoza .....	13
Introducción .....	21
Capítulo I. El hambre, tragedia, vergüenza y amenaza .....	33
Capítulo II. El hambre, un problema resoluble .....	77
Capítulo III. La pérdida de la biodiversidad agrícola .....	115
Capítulo IV. La FAO y la conservación de la biodiversidad ...	149
Capítulo V. La destrucción de los equilibrios naturales .....	203
Capítulo VI. Soñando el futuro: más allá de los ODS .....	235
Capítulo VII. ¿Qué podemos hacer nosotros? .....	267
Agradecimientos .....	293

# CAPÍTULO I

## EL HAMBRE, TRAGEDIA, VERGÜENZA Y AMENAZA

Acostumbrados a nadar en la abundancia, a menudo somos incapaces de imaginar las circunstancias de la vasta mayoría del mundo, pretendiendo que la normalidad es nuestro excesivo modo de vida. En 1977, en uno de mis viajes por Centroamérica, cenaba en un restaurante de la capital guatemalteca cuando noté que dos niños de entre seis y ocho años pugnaban por entrar en el local donde me encontraba. Cuando por fin lo lograron, aprovechando seguramente un despiste del personal, se acercaron con más educación que ansiedad, mirando los restos del pollo asado que ya estábamos casi terminando.

—¿Podemos coger los huesos? —preguntaron con voz queda, casi avergonzada.

La pregunta me dejó consternado. Tras la sorpresa inicial, respondí:

—No. Mejor sentaos y cenad con nosotros.

Los chicos se mostraron titubeantes. Seguramente era la primera vez que alguien les hacía una oferta similar. De alguna parte surgió el dueño del establecimiento, ofendido.

—¡Fuera, fuera! ¡Son indios, está prohibido que estén aquí!

Mi sorpresa se fue transformando en un notable enfado. Decidí adoptar un tono firme, reprimiendo la indignación que me suscitaba su comentario.

—Son nuestros invitados. Si ellos no se pueden quedar, entonces nos marchamos sin pagar lo consumido.

Pedí otro pollo, y el hombre aceptó servirles, a regañadientes. Los pequeños se sentaron. Era la primera vez que comían en una mesa, según me contó el mayor. La visión de la comida no les terminaba de hacer perder una timidez casi reverencial. Para animar la conversación, le pregunté qué quería ser cuando fuera adulto.

—Limpiabotas —me contestó, refiriéndose a un oficio que para mí resultaba denigrante.

—¿Por qué? —le interrogué, desconcertado.

—Porque un tío mío, que es limpiabotas, come casi todos los días.

Y, por unos segundos, me quedé sin palabras.

Aquella respuesta aún hoy me cautiva y me persigue por la enorme tragedia que esconde, generalizada, pero a menudo invisible. El hambre nos rodea de forma muchas veces imperceptible, acechando en cada esquina, aunque nos hayamos habituado a no verla, cegados por nuestra opulencia y por una desmedida ambición que nos hace indiferentes al sufrimiento de los otros, siempre que no nos afecte.

El hambre es la mayor tragedia de la humanidad. Se calcula que hoy en día 830 millones de personas (más del 10% de la población mundial) la padecen en el mundo. La cifra ha aumentado en las tres últimas décadas, a pesar de los grandes avances tecnológicos y científicos y pese a la prosperidad de los países más desarrollados, donde nunca se ha comido más ni mejor. Pero esa cifra nos queda muy lejos, como si segara vidas en otro planeta. Por eso es necesario visualizarla, diseccionarla de forma que entendamos su magnitud y apele a nuestros sentimientos, hasta lograr que la percibamos como la catástrofe que es.

Desglosemos ese número. Entre 13 y 15 millones de personas mueren como consecuencia del hambre y la malnutrición cada año, lo que arroja un cálculo de más de 35.000 personas fallecidas al día por falta de alimentos, hambre y malnutrición. Repito: al menos 35.000 muertes cada día del año. Eso representaría una persona muerta por hambre cada cuatro segundos.

Si lo comparamos con las cifras de víctimas del Covid-19, con una mortalidad hasta ahora cuatro veces inferior, resulta obvio que la verdadera pandemia del mundo actual es el hambre, solo que, a diferencia de la primera, el hambre actual es resoluble y es un fenómeno cuyas causas y consecuencias no han dejado de ser documentadas a lo largo de la historia. También es comparable por el riesgo que implica para cada uno de nosotros si no le ponemos freno. En otros brotes infecciosos, aparte del Covid-19, como fueron en su momento el ébola, la gripe aviaria, la fiebre porcina o la gripe A, los países destinaron enormes cantidades de dinero a combatirlos porque, al ser contagiosos, ponían en peligro a sus poblaciones. En sus tratamientos se ha invertido mucho más de lo que se necesitaría para acabar con el hambre pese a los riesgos que esta supone, dado que es un poderoso desestabilizador del orden mundial y resulta de una gran miopía política no entender el peligro que supone en el siglo XXI.

Sería una inversión a corto plazo resolver el hambre, reforzando así a los individuos más vulnerables y susceptibles a nuevas enfermedades, aunque solo fuera para protegernos de posibles brotes infecciosos. Lo más triste es que, a pesar de saberlo —y contabilizarlo, y estudiarlo, y documentarlo—, en los países ricos consideramos que esos muertos más allá de nuestras fronteras no son *nuestros* muertos.

Estamos ciegos. Tendemos a creer que, como el hambre no es contagiosa, se trata de un problema distante y poco susceptible de afectarnos. Nada más lejos ni más imprudente.

### LA VERGÜENZA DEL HAMBRE

«Cada arma que se fabrica, cada buque de guerra lanzado, cada cohete disparado significa, en última instancia, un robo a los que tienen hambre y no se alimentan, a los que tienen frío y no están vestidos». La frase, pronunciada en abril de 1953 por el presidente norteamericano Dwight D. Eisenhower en su discurso «Una

oportunidad para la paz», sigue vigente pese a las siete décadas transcurridas. El hambre no solo es un drama, también es la mayor vergüenza de la humanidad porque es totalmente evitable y porque es fruto de nuestras erróneas prioridades. Y la clase política es bien consciente de ello, aunque no quiera, pueda o sepa tomar medidas para impedirlo.

Desde las antípodas políticas, otro presidente, esta vez el cubano Fidel Castro, clamó en la Asamblea General de Naciones Unidas que «las bombas podrán matar a los hambrientos, a los enfermos, a los ignorantes, pero no pueden matar el hambre, las enfermedades, la ignorancia».

En 1963, otro presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy, insistió en la idea del bochorno que debería abatirse sobre las sociedades ante la tragedia que implica morir por falta de comida. Lo hizo durante su discurso en el primer Congreso Mundial de Alimentos: «Tenemos los medios y la capacidad para eliminar el hambre de la faz de la tierra durante nuestra generación. Solo necesitamos la voluntad política para hacerlo».

Desgraciadamente, ni su generación ni la nuestra, más consciente, informada y capacitada técnicamente para promover soluciones, ha adoptado la firme decisión de acabar con esa vergüenza mundial. Todo lo contrario: tras décadas de bonanza económica sin precedentes en la historia, la mercantilización del sistema alimentario, un sistema basado en la maximización de beneficios mediante prácticas insostenibles de producción, distribución y consumo basadas en esquilmar recursos finitos a toda velocidad, condena a parte de la humanidad a la incertidumbre alimentaria de aquí a pocos años, cuando no al hambre. Y mientras, se desperdician más alimentos que nunca: solo en la UE se malgasta el equivalente a la mitad del trigo que exporta de Ucrania, una cantidad que podría bastar para alimentar a la legión de hambrientos que puebla el planeta.

Menuda contradicción y menuda osadía. Preferimos invertir sumas obscenas en armas destinadas a matar para dirimir intereses antes que en garantizar las vidas de quienes mantienen, con sus trabajos, el sistema.



El mismo día en que mueren 35.000 personas por falta de acceso a los alimentos se gasta en armamento 4.000 millones de dólares a nivel mundial. Con esa cifra, y al precio que cuesta la comida en los países donde se muere por desnutrición, se podría alimentar a las víctimas de ese día durante más de cien años, mucho más de la esperanza de vida media que tienen. Y eso, un día tras otro, cada uno de los días de nuestra vida.

Se estima que con el 2,5% de ese gasto global en armamento se podría erradicar el hambre en todo el planeta. Un día de ese desembolso en armas de guerra equivale al presupuesto ordinario de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) de ocho años<sup>1</sup>. Y no solo se trata de la inversión en armamento: con un 1% de lo empleado por los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, la OCDE, en salvar a la banca mundial tras la crisis económica de 2008 se podría haber acabado con el hambre de la faz de la Tierra. Fue más importante salvar a los bancos que a los seres humanos.

Todo eso convierte el hambre en la peor infamia del siglo XXI, una época con los medios y la tecnología necesarios para convertirla en recuerdo de tiempos peores. Si algo ha rodeado a este problema a lo largo de la historia ha sido precisamente la desidia a la hora de solucionarlo. Algo estamos haciendo muy mal, sin comprender que las consecuencias de un sistema que deglute los limitados recursos naturales a un ritmo voraz y, al mismo tiempo, sin pensar en la sostenibilidad futura ni en nuestros semejantes nos abocan, sencillamente, al ecocidio.

### **AMENAZA, SEGURIDAD ALIMENTARIA Y SEGURIDAD MUNDIAL**

También debemos tomar conciencia del hambre en su tercera variante, sumada a su condición de tragedia y vergüenza. El hambre es una amenaza no solo para quien la padece, sino para todos nosotros.

---

<sup>1</sup> El presupuesto ordinario de la FAO para el bienio 2022-2023 es de 1.005 millones de dólares.

Antes, la inseguridad alimentaria en una parte del mundo tenía consecuencias de forma localizada, sin afectar al resto del planeta, pero la globalización trastocó hace décadas esa realidad. Ahora, hambre y pobreza son el sustento del que se alimentan otras tragedias. Son el caldo de cultivo de la migración irregular que tanto polariza a Occidente, resucitando extremismos ignominiosos, y de la violencia internacional ejercida por grupos radicales. Y también son el motor de las insurrecciones populares que muchas veces derivan en represión y carnicerías.

El hambre puede no ser contagiosa, pero sí es peligrosa y no solo para quienes la padecen sino para todos los habitantes del planeta, indiferentemente de nuestro lugar de nacimiento o nuestra clase social. Nuestros destinos están unidos, aunque a algunos les pese. Erradicar el hambre en un mundo globalizado e interdependiente no es una opción, ni un condescendiente favor a los más desfavorecidos, sino una necesidad imperiosa si queremos tener un futuro.

La situación no es comparable a la de siglos atrás. Hace apenas cincuenta años, cuando los efectos del hambre se dejaban notar sobre otros continentes, el impacto de las hambrunas sobre los países más ricos era mínimo. Apenas alcanzaba a suscitar compasión y forjar la idea de que había que actuar para paliar el problema, ya fuera por solidaridad o pura caridad. Hoy el panorama ha cambiado. El hambre está mucho más cerca porque los países están más próximos, gracias a la globalización de las cadenas de transporte y de la comunicación que «vende» la insostenible prosperidad de las naciones privilegiadas, basada en un consumo desmedido de bienes y servicios, a los países en desarrollo.

Sus repercusiones son ahora mayores porque es el motor de la inmigración irregular: nadie toma una patera y abandona su país arriesgando su vida en alta mar si encuentra lo mínimo imprescindible para sobrevivir con dignidad en su propia patria, rodeado de sus familiares y amigos, en un entorno cultural conocido y apreciado. Para ellos, muchas veces el riesgo de quedarse en sus países de origen es mucho mayor al que implica aventurarse a un incierto periplo por diferentes países expuesto a todo tipo de

peligros, que supone navegar en condiciones de inseguridad extrema o saltar concertinas en busca de un lugar seguro. Eso, por no mencionar el rechazo social y el racismo que sufren si logran emigrar a países ricos.

En muchos casos, no solo huyen del hambre sino de un conflicto armado, una amenaza directa e imbatible. Como ocurre en la paradoja del huevo y la gallina, hambre y amenaza se retroalimentan. Es difícil discernir si la guerra es producto del hambre o el hambre producto de la guerra, porque demasiado a menudo ambas van de la mano.

En general, los países que experimentaron hambrunas a lo largo del año 2020 —Burkina Faso, República Democrática del Congo, Etiopía, Nigeria, Sudán del Sur, Irak, Palestina, Siria, Yemen, Afganistán, Bangladesh y Pakistán<sup>2</sup>— vivían un turbulento periodo de violencia. No se puede hablar, por lo tanto, de casualidad. Aunque muchos países alcanzaron logros en los últimos veinticinco años en la lucha por la erradicación del hambre, aquellos afectados por la guerra no pudieron avanzar en esa dirección, algo preocupante teniendo en cuenta que el número de conflictos internos aumenta a medida que pasan los años, sustituyendo a las guerras entre Estados-nación que caracterizaron a los siglos anteriores.

Más de la mitad de los civiles afectados por esas guerras fratricidas residen en áreas rurales, y dado que la guerra paraliza cualquier actividad agrícola, desde la producción hasta la distribución, es fácil deducir que las consecuencias en el hambre no son solo inmediatas, sino que también ponen en riesgo la seguridad alimentaria de esas poblaciones a medio y largo plazo.

Guerra y hambre siempre han ido de la mano. En los museos que relatan las consecuencias de los conflictos bélicos, y muy en especial los horrores de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial, es frecuente ver imágenes de personas famélicas, víctimas de la peor de las armas que emplea el hombre en tiempos de gue-

---

<sup>2</sup> Según los datos publicados en el libro *Power Poverty Hunger*, elaborado por la Fundación Heinrich Böll Stiftung.

rra: el hambre. Colas de hambrientos de toda suerte y condición frente a comedores sociales donde humean las enormes ollas militares o de beneficencia y cuerpos desnutridos que asoman desde las verjas de los campos de concentración.

Curiosamente, su visión nos sobrecoge en los museos, pero nos resulta perfectamente tolerable mientras la vemos en la televisión casi en directo, porque son imágenes que no corresponden exclusivamente al pasado. Desde Ucrania a Corea del Norte y desde Afganistán a Siria o Yemen, pasando por buena parte de África y América Latina, las mismas estampas se repiten en el siglo XXI y son emitidas por los medios sin apenas enturbiar el humor de la población opulenta, habituada a contemplar el horror de los demás como si no fueran humanos, como si no hubiésemos sido ellos y como si no corriésemos el riesgo de volver a convertirnos en ellos en un futuro próximo.

El hambre vuelve a ser empleada como arma de guerra. En el caso de Ucrania, los bombardeos rusos contra silos, instalaciones portuarias y campos de cultivo y el robo masivo de grano, así como las sanciones impuestas a Rusia, generan hambre en terceros países. Además, la invasión llevó inicialmente a las autoridades ucranianas a frenar toda exportación de grano para ser autosuficientes y garantizar que su población no muera de hambre al menos, dado que no puede protegerla de las bombas. Esa situación tiene un importante revés en el mundo globalizado que hemos creado, dado que Ucrania es, junto a Rusia, el granero del mundo y buena parte del mundo árabe y el continente africano dependen de su trigo para alimentarse. Incluso el Banco Mundial ha advertido de una «catástrofe humana» en ciernes ante el aumento de precios de los cereales cultivados en las tierras ruso-ucranianas.

Debemos prestarle mucha atención porque se trata de una constante histórica. Los motines de subsistencia o motines de pan han salpicado el planeta desde la Rusia imperial hasta Estados Unidos, desde Asia hasta Europa, al menos desde el siglo XVII. En nuestro siglo, regresaron con fuerza en 2011 con la explosión de las revoluciones árabes, producto de décadas de agravios y re-

presión política y de una total ausencia de libertades, pero azuzadas por un alza en los precios de los alimentos básicos. En 2018, el movimiento de protesta que provocó la caída del dictador Al Bashir, en Sudán, fue acuñado como «la revuelta del pan». Como explicaba de forma sintética Steven Gruzd, del South African Institute of International Affairs, «cuando la gente tiene hambre, se cabrea». Y una masa de gente enfadada siempre debería ser temida por sus Gobiernos.

El hambre y su prevención marcan las agendas políticas presentes y futuras, como ocurrió con las pasadas. En los países de la antigua Unión Soviética, por ejemplo, los planes urbanísticos incluían conjuntos de edificios levantados en torno a un ingente terreno común, con el objetivo de facilitar un cultivo de subsistencia en tiempos de guerra. Incluso hoy en día, todo país que teme ser invadido invierte en recursos alimenticios que le hagan autosuficiente. En Corea del Norte, donde se experimentó una hambruna entre 1995 y 1997 que mató a cientos de miles de ciudadanos, se siguen empleando las heces humanas, que los norcoreanos tienen el deber de recoger en sus propias casas, para abonar los cultivos. En China, hace pocos años se celebró un concurso internacional para diseñar ciudades del futuro. Ganó el arquitecto valenciano Vicente Gallart con un proyecto de urbe alimentada por energías renovables y rodeada de espacios verdes donde se cultivaban productos de proximidad que alimentan a sus residentes.

El objetivo es siempre el mismo: mantener a la población nutrida y, por tanto, satisfecha y productiva. Las guerras, los desórdenes sociales y el caos que sufren muchos países son en demasiadas ocasiones consecuencia directa del hambre, la pobreza y la carestía, y como indicábamos no es solo terreno fértil para la inmigración sino también para otros episodios de violencia que nos afectan directamente, como ocurre con el terrorismo.

Suele responsabilizarse a los fanáticos, a individuos aislados y envenenados por el odio, pero resulta más fácil provocar, promover y subvencionar el fanatismo cuando la vida cotidiana es un infierno y existe la promesa de un paraíso en el más allá y de una

seguridad económica para las familias del «mártir» en el mundo terrenal. A menudo, en la raíz de casi todos estos problemas subyace la miseria. Como hemos dicho, el hambre es el origen de enfermedades y pandemias que primero comienzan en países en desarrollo, cuyos organismos están más debilitados que los desarrollados, para después expandirse por todo el mundo. Una vez instaladas en países acomodados, es necesario desembolsar cantidades ingentes para paliar sus consecuencias que podrían haberse ahorrado de haber prevenido la aparición de esos brotes infecciosos sencillamente por nuestro propio interés egoísta.

### PRIORIDADES EQUIVOCADAS

¿Por qué está ocurriendo esto? Poner fin al hambre como vergüenza, tragedia y amenaza está a nuestro alcance. La FAO estima que solo habría que invertir 36.000 millones de euros al año para erradicarla, porque no es un problema de producción. Los alimentos están en el mercado, pero no llegan a quien deben, quedando en manos de los privilegiados. Hay demasiados factores que conducen a la inanición, lo cual nos debería hacernos replantear si este sistema de consumo en el que vivimos es justo, eficaz, saludable y sostenible.

Es una cuestión de prioridades, como he podido confirmar en multitud de ocasiones a lo largo de mi carrera. He dedicado treinta años de mi vida a la FAO, cuya función principal es erradicar el hambre en el mundo. La FAO nació después de la Segunda Guerra Mundial y fue la primera agencia de la ONU porque la urgencia, en aquellos años, era precisamente acabar con esa hambre que asolaba al mundo de la posguerra, extendiendo sus tentáculos por todo el planeta.

Amo y creo firmemente en sus ideales, y por eso me indignan las críticas vacuas sobre la misma. Son muchos quienes acusan a la FAO de haber sido incapaz de eliminar el hambre en sus más de setenta años de historia, pero la explicación puede resumirse en un simple dato: el presupuesto ordinario de la FAO de

dos años equivale a lo que Estados Unidos y Canadá gastan en comida para perros y gatos durante una semana.

La cifra habla a voces sobre nuestras erróneas prioridades y sobre cuánto nos importa acabar con el hambre al mundo occidental, que hasta hace unas décadas se llenaba la boca de valores universales que hoy solo se aplican como derecho inalienable para sus propios ciudadanos, pero no para el resto.

El pasaporte define nuestros derechos en una muestra del doble rasero que solemos aplicar hacia nuestros semejantes más desfavorecidos, ignorando o despreciando el hecho de que nadie elige en qué país nace. Sería necesario resucitar a la «hermana pobre» de la Revolución francesa, la fraternidad, y establecer mecanismos legales que obliguen a su cumplimiento como ha ocurrido con la libertad y la igualdad, que conforman los tres pilares sobre los que cambió el destino del mundo occidental en el siglo XVIII para encauzar la corriente de solidaridad necesaria que ponga fin a un problema resoluble.

En los dos últimos siglos hemos sido incapaces de defender la fraternidad, demasiado embebidos en nuestra propia prosperidad económica a costa de la explotación de los recursos naturales y también humanos de los países más débiles.

No podemos seguir contemplando el hambre como meros espectadores. Somos actores y corresponsables, por acción u omisión, en este drama.

### ¿QUÉ ESTAMOS HACIENDO MAL?

Hoy en día, se producen en torno al 60% más de productos alimenticios de los que se necesitan para nutrir a toda la humanidad mientras millones de personas mueren a causa del hambre. ¿Qué estamos haciendo mal?

El hambre no es consecuencia, como se cree de forma generalizada, de la falta de alimentos. Producir más a nivel global no solucionaría el problema, sino que incluso lo agravaría, dados los costes energéticos de los sistemas intensivos e insostenibles de producción

y transporte. Los alimentos están en el mercado internacional, pero no llegan ni a la boca ni a la mesa de quien tiene hambre.

La falta de acceso responde a la escasez de alimentos producidos a nivel local y a la falta de fondos en los países menos afortunados para comprar alimentos procedentes de países donde hay excedentes.

La FAO ha constatado que hay alimentos disponibles —más que suficientes— para alimentar holgadamente a toda la población mundial, pero esos productos dependen del mercado internacional. Según datos de la ONU, la tercera parte de la producción mundial de alimentos, unos 1.300 millones de toneladas métricas, se desperdician por el camino, lo que equivale a un tercio de la producción mundial. A esa cifra habría que sumar, según un informe del WWF, otros 1.200 millones de toneladas métricas de pérdidas en el campo, lo cual ascendería la cifra al 40% de la producción total.

Esa pérdida, cuando se produce en países en desarrollo, es debida en gran parte a falta de infraestructuras como el mal estado de las carreteras, la carencia de camiones refrigerados para trasladar bienes muchas veces perecederos, o bien porque los mercados están en lugares remotos o por falta de frigoríficos en los hogares, pero en los países desarrollados la situación es radicalmente distinta. Pensemos, por ejemplo, en el derroche de alimentos. Solo los ciudadanos de la Unión Europea desperdician comida anualmente por valor de 140.000 millones de euros, lo que demuestra una pertinaz desconsideración por los recursos y por quienes nos rodean<sup>3</sup>. Una redistribución inteligente aliviaría la necesidad de muchas personas, pero educar al consumidor para que no desperdicie y redistribuir aquello que le sobra, no es precisamente una prioridad de un sistema que alienta un consumo desmedido, por encima del sentido común, para que unos pocos sigan amasando una ingente fortuna.

---

<sup>3</sup> Informe *Las cifras del desperdicio europeo*, elaborado por el Parlamento Europeo. <https://www.europarl.europa.eu/news/es/headlines/society/20170505STO73528/infografia-las-cifras-del-desperdicio-de-alimentos-en-la-union-europea>



A eso hay que sumar una incongruencia intolerable. Hoy, el problema ya no es solo el hambre y la desnutrición de la mayoría de la población mundial, sino también, por irónico que resulte, la malnutrición de la minoría opulenta. En torno a otro tercio de la producción mundial es utilizada para producir comida basura o en sobrealimentación, un tipo de malnutrición vinculada directamente al dramático aumento de determinadas enfermedades no transmisibles como las oncológicas o cardiovasculares o el aumento de la diabetes.

Hasta el año 2005, el número de hambrientos en el mundo era superior al número de personas obesas o con sobrepeso, pero a partir de esa fecha se igualaron por primera vez en la historia. Actualmente, el número de personas obesas y con sobrepeso se aproxima a los 2.000 millones a nivel mundial, lo cual implica que en pocos años ha doblado al número de hambrientos sin que estos hayan disminuido en cifras absolutas. La Organización Mundial de la Salud estima que, solo en cuarenta y seis países de la Unión Europea, más del 50% de los adultos padecen sobrepeso u obesidad. Y eso desangra las cuentas estatales: Europa gasta unos 700.000 millones de euros (doce veces más del coste de la Política Agraria Común) al año para combatir estas enfermedades.

Menuda triste ironía. Unos mueren hasta desaparecer a causa del hambre mientras que otros, por la simple casualidad de haber nacido en otro país o en otro estamento social más afortunado, se ensanchan hasta el punto de requerir ayuda médica. O lo que es peor, personas sin recursos que engordan porque solo pueden alimentarse de comida procesada, hipercalórica y sin apenas nutrientes. Gastamos recursos en salvar la vida de quien se ha intoxicado y sobrealimentado, pero no en prevenir la muerte de quien no alcanza a comer para subsistir. Y el primero no siempre engorda por comer más de lo que debe, sino por comer lo que no debe, «comida basura», tan apetitosa como carente de los nutrientes necesarios para alimentarnos, un verdadero veneno para nuestro organismo que, en lugar de nutrirnos, genera enfermedades. La gran paradoja es que en algunos países se gasta más en productos adelgazantes que en comer, dado que los fármacos

son mucho más caros que los alimentos. Solo en España se destinan 2.000 millones de euros anuales a productos milagro de adelgazamiento que ni siquiera son efectivos.

Nuestras contradicciones parecen no tener fin. Mientras unos mueren de hambre, otros nos alimentamos mal y tiramos alimentos en perfecto estado. En Europa, según cifras oficiales, la cantidad que se pierde o desperdicia supone 57 millones de toneladas métricas de alimentos —de los cuales 4,3 millones en España—, lo que equivale a 127 kilogramos por habitante y año. Sin embargo, cuando a las cifras se incorporan las pérdidas antes y durante la recolección, se elevan a un total de 153 millones de toneladas métricas, según datos recabados por la organización Feedback en su informe *No Time To Waste 2022*. Solo en España la cifra total se estima en 7,7 millones de toneladas métricas, lo que significa unos 169 kilogramos por habitante y año. Gran parte de esa producción masiva de alimentos termina en la basura de restaurantes, supermercados y domicilios particulares, y casi el 30% de estos productos van a parar al contenedor sin abrir, con sus precintos de seguridad, porque han caducado.

Nos desembarazamos de bienes de primera necesidad antes ni siquiera de abrirlos, sin pensar en la necesidad que nos rodea y en los recursos —finitos, no infinitos— utilizados en la producción de estos alimentos. Todo proviene de la tierra, de los mares y océanos, de las praderas y de los bosques, del único medio ambiente cada vez más maltratado y expoliado por la mano del hombre. Y llegará un momento —inquietantemente cercano— en el que no podrá darnos más porque habremos agotado los recursos naturales.

Ahí reside una gran responsabilidad a nivel individual porque somos nosotros quienes, en un momento dado, decidimos tirar los productos sin pensar con antelación en su fecha de caducidad, sin organizar nuestro consumo de forma lógica, y lo que es peor, dejándonos arrastrar por la tendencia de comprar en exceso y comprar «por si acaso», aunque no sea necesario hacerlo, inconscientes del precio que implica para nuestro planeta la producción de esos miles de millones de toneladas que acaban despilfarrados.

Si la cifra de nutrientes que arrojamamos alegremente a la basura es escandalosa, lo es aún más el volumen de los daños medioambientales que entraña su producción, ese precio invisible en el que nunca queremos reparar. Para cultivar esos productos se usan 1.400 millones de hectáreas, el equivalente a veintiocho veces la superficie total de España si toda su superficie fuera fértil. Para elaborar alimentos que no llenarán ningún estómago empleamos la cuarta parte del agua dulce del planeta, e invertimos 300 millones de barriles de petróleo con sus correspondientes emisiones tóxicas al planeta. Y, además, la obtención de esos bienes que terminan en la basura es responsable de entre el 10% y el 12% de los gases emitidos a la atmósfera responsables del cambio climático. En general, todo el sistema agroalimentario mundial emite, según el panel de expertos del convenio de cambios climáticos, el 28% de los responsables del calentamiento global. Una cifra lógica dado que se estimaba que un tercio del dióxido de carbono vertido a la atmósfera provenía de la producción de alimentos, hasta que la revista *Nature Food* de 2021 revisó las cifras: solo el transporte de esos alimentos ocasiona aún más contaminación de la que creíamos, ascendiendo al 20% del total de las emisiones de la agricultura intensiva. Y no es de extrañar, dado los ingentes «paseos» de nuestra comida.

El alimento medio que llega a nuestras bocas en España —y lo mismo podríamos aplicar a otros países desarrollados— ha recorrido previamente entre 2.500 y 4.000 kilómetros, lo que contribuye a explicar ese disparatado uso de energías no renovables. Producción, transformación, transporte, distribución... todo lo que rodea a la obtención del alimento por parte de un consumidor indolente implica un coste desorbitado para el planeta. Y cuidado, es un lujo de los países ricos, pese a que solo representan al 12% de la población mundial: se estima que los habitantes del mundo en desarrollo —esa ingente mayoría del planeta— solo emite un 20% del dióxido de carbono.

Al mismo tiempo que deglutimos recursos con voracidad, talando bosques —reservas de biodiversidad— y agotando los nutrientes de los campos, estos van desapareciendo. El 90% de la

biodiversidad se está perdiendo, como está ocurriendo con los insectos polinizadores vitales para que funcione la cadena productiva. Eso no nos impide consumir más y más, sea cual sea la huella ecológica de nuestras acciones y la magnitud de la merma de unos recursos naturales cada vez más escasos que pone en riesgo la alimentación de nuestros hijos y nietos, porque sobre esos recursos limitados y perecederos se basará su propia alimentación.

Producir al desquiciado nivel actual, comprar más de lo que necesitamos y tirar las sobras a la basura no solo es antiético, sino que nos hace corresponsables del hambre y del desastre ambiental que pone en cuestión la supervivencia del mundo tal y como lo conocemos.

### LA MERCANTILIZACIÓN DE LOS BIENES BÁSICOS

Marco Tulio Cicerón<sup>4</sup> definía la agricultura como «la profesión propia del sabio, la más adecuada al sencillo y la ocupación más digna para todo hombre libre». La percepción de la agricultura como disciplina transversal, como fusión de múltiples materias, ha sido generalizada a lo largo de la historia. Cabe recordar un ejemplo mucho más actual e igualmente ilustrativo: cuando recibió el Premio Nobel de Literatura, el escritor portugués José Saramago lo agradeció con un discurso ante reyes e intelectuales que comenzaba diciendo lo siguiente. «El hombre más sabio que he conocido en toda mi vida no sabía leer ni escribir. A las cuatro de la madrugada, cuando la promesa de un nuevo día aún venía por tierras de Francia, se levantaba del catre y salía al campo, llevando a pastar la media docena de cerdas de cuya fertilidad se alimentaban él y la mujer».

Saramago hablaba de su abuelo, y quería remarcar que la verdadera sabiduría no yace en los libros, sino en lo que enseña la vida y el contacto con la naturaleza. El agricultor es un sabio

---

<sup>4</sup> Orador y político de la antigua Roma (106-43 antes de Cristo).

forzosamente multidisciplinar, porque debe saber qué semillas sembrar, cuándo hacerlo, cómo se presenta climatológicamente el año, cuándo lloverá, cómo está la tierra o cuándo es más conveniente arar.

Yo soy hijo y nieto de agricultores. Cuando era niño, observaba cómo cultivaban mi familia y nuestros vecinos, todos labriegos, aunque a veces no terminaba de entender por qué tomaban ciertas decisiones. La universidad me ayudaría después a apreciar las razones científicas que explican sus actos. En los libros aprendí por qué mi padre y el resto de los campesinos se comportaban de una forma determinada. Cuando se presentan discrepancias aparentes entre su comportamiento y la ciencia, un análisis interdisciplinario más profundo da la razón a menudo al «hombre sabio» que ha aprendido a exprimir vida de la tierra a fuerza de experiencia, de prueba y error y de años de humilde, anónimo y duro trabajo en el campo.

Hoy en día, la formación del agricultor es muy diferente gracias a la irrupción de la ciencia y la tecnología en sus múltiples disciplinas, como pone de relieve el papel de los algoritmos que tienden a sustituir al conocimiento adquirido por la experiencia. El problema no son esas tecnologías, que, de hecho, pueden ser de gran utilidad a nivel local, sino que el acceso y el control a estos datos está en manos de grandes corporaciones internacionales y de un puñado de países. Ese sabio que veía Cicerón en el campesino ya no necesita ser sabio. Incluso puede ser una simple máquina, porque el agricultor ya no requiere observar, analizar, probar y equivocarse para aprender de sus errores dado que todo se lo dan hecho desde las multinacionales que le venden el paquete de semillas, abonos, pesticidas y maquinaria. A decir verdad, está desapareciendo la palabra «agricultura» para ser sustituida por «agronegocio» o «agroindustria», despojándola así del vínculo cultural que albergaba. Sin embargo, si la información proporcionada por los metadatos falla, nos enfrentamos a un desastre porque una vez que desaparezca esa sabiduría, una vez que el agricultor sabio y multidisciplinar se extinga, su conocimiento será irrecuperable.

El «sabio de la tierra» está siendo sustituido por máquinas y su objetivo, el simple hecho de producir alimentos, está siendo reemplazado por una producción masiva con la única finalidad de vender. La agroindustria es impersonal: al sector no le preocupa que los alimentos lleguen o no al hambriento, o si benefician o dañan la salud humana. Hemos transformado la agricultura en una actividad mercantilista que consume ingentes cantidades de recursos naturales, dependiendo cada vez más de agroquímicos y semillas comerciales, ajenos al hecho de que dicha forma de producción masiva destruye la diversidad biológica, expulsa a la gente del campo y distancia de forma creciente a productores y consumidores, transformando los alimentos en una mercancía globalizada.

Esa mercantilización global no tiene nada que ver con el espíritu original de la cultura de la tierra. En palabras simples, podemos definir la agricultura como la transformación de los recursos naturales del planeta —tierra, agua, aire, energía y diversidad biológica— en alimentos. Resulta imposible hacerlo sin esos recursos, ya sea mediante sistemas tradicionales o mediante las tecnologías más avanzadas. Si la humanidad destruye, contamina o abusa de esos recursos naturales necesarios, limitados y perecederos, estos se convierten en bienes escasos que terminan siendo objeto de especulación. El cada vez más reducido bien común es explotado y a menudo privatizado para maximizar beneficios. Además, ese expolio cambia los ecosistemas y condiciona la evolución, poniendo en peligro a nuestras generaciones venideras, nuestros hijos, nietos y bisnietos, arriesgando su mera subsistencia y asegurando un futuro marcado por el hambre y la carestía.

#### **LA UNIFORMIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO**

¿Por qué se defiende producir más de lo que necesitamos, condenando al mismo tiempo a millones de personas a morir de hambre y esquilmando las pocas reservas del planeta? ¿Por qué se permite un envenenamiento masivo justificado por la sobrepro-

ducción que no termina de acabar con el hambre? ¿Por qué se espolean enfermedades con ese tipo de productos insanos?

Dos poderosas razones son la mercantilización de los alimentos y la uniformización del sistema de producción y consumo impuesto en todo el mundo por los tratados de libre comercio como revisaremos posteriormente, ignorando las características únicas que hacen de cada país un lugar idóneo para determinados sistemas agroalimentarios.

La comida siempre fue un bien sagrado: cuando era niño, si se me caía una miga de pan al suelo, mis familiares me instaban a recogerlo, a besarlo y a comérmelo. Antes, esa veneración era algo inherente a muchas culturas, porque el alimento es fundamental para la vida y por tanto solía ser considerado sagrado. Ese carácter sacro podía observarse en la cultura popular, y de forma muy marcada en la religión. En el cristianismo de Europa, Dios se transforma en pan. En Asia, algunas deidades están relacionadas con el arroz, algo similar a lo que ocurría en la América precolombina con el maíz o la quinua. En el mundo árabe, el pan es considerado la esencia de la vida y cada miga que cae al suelo es recogida ceremoniosamente porque se considera una profanación desperdiciarlo. Y, sin embargo, a lo largo de las últimas décadas, el control sobre esos productos básicos para la vida ha sido paulatinamente acaparado por un puñado de multinacionales con suficiente poder económico y hasta político como para revertir las reglas en su propio beneficio.

Las cosas han cambiado desde aquellos tiempos en los que el alimento era sagrado. También ha llovido mucho desde que los cultivos locales abastecían de forma exclusiva a las comunidades que los trabajaban. Ahora, todo está en manos de un puñado de empresas que se ha apropiado de los avances científicos y tecnológicos propiciados por la Revolución Verde y los utilizan a nivel mundial en su propio beneficio, adquiriendo incluso derechos sobre los pequeños agricultores de la forma más imperceptible que cabe imaginar.

En 2016, la farmacéutica alemana Bayer se fusionó con la estadounidense Monsanto creando la mayor compañía de agroquímicos y semillas del mundo, por un valor de 66.000 millones

de dólares. En noviembre de 2015, la industria química ChemChina se había unido a la agrícola europea Syngenta y un mes después lo hicieron las norteamericanas Dow Chemical y DuPont. Esas tres multinacionales resultantes de las fusiones controlan la mayor parte del mercado de semillas comerciales y agroquímicos a nivel global, suministrándolos a campesinos de todo el mundo, según la ONG canadiense Grupo ETC.

No es casualidad que esos vínculos se forjen entre empresas agroquímicas, porque la entidad resultante hace un buen negocio al vender al agricultor el paquete completo: las semillas más idóneas para determinado agroquímico de producción propia y, además, la maquinaria más adecuada y eficaz para sacar todo el provecho a ese paquete.

Es el penúltimo paso de esas macroentidades comerciales destinadas a acaparar por completo el mercado: la nueva tendencia es asociarse con empresas de maquinaria agrícola como la norteamericana John Deere, la mayor productora mundial, que comercializa tractores con tecnología que permite medir diversos factores como el clima, la humedad o la calidad de la tierra que se cultiva. Esas macrofusiones, por tanto, no solo dirimen quién controla los pesticidas o las semillas, sino quién controla el *big data* de la agricultura, como denuncia el Grupo ETC, que vigila el desarrollo de las tecnologías agrícolas por parte de la agroindustria. John Deere, según dicha ONG, comenzó a conectar su maquinaria agrícola a sistemas de control mediante GPS en 2001 y desde entonces ha invertido mucho dinero en sensores que pueden rastrear y ajustar la adaptación de las semillas, pesticidas y fertilizantes metro a metro. La empresa ha acumulado quince años de datos históricos, así como acceso a terabytes de otros datos meteorológicos, de producción y de mercado. «La empresa que pueda dominar los datos de semillas, suelos y clima y procesar nueva información genómica inevitablemente obtendrá el control de los insumos agrícolas globales: semillas, pesticidas, fertilizantes y maquinaria agrícola», explicaba uno de los expertos de la ONG canadiense. Y ese es el objetivo último: controlar el mercado de forma global.